

NO AL INTEGRISMO LAICO

El laicismo que propugnan muchos estados es un valor cuando busca proteger la libertad que todos tenemos de creer o no creer en Dios y de vivir o no de acuerdo con ello. Es un amplio redil en el que todos tenemos cabida cuando, además, busca ayudar a garantizar el respeto entre las múltiples creencias y confesiones.

No obstante, el laicismo y el aconfesionalismo es represión cuando se convierte en una religión en sí misma, cuando su vacuidad, en vez de garantía, se convierte en condición y se pasa de la libertad a la imposición con el único objetivo de hacer callar, de ocultar, de esconder bajo las alfombras todo lo que huele a trascendencia.

La historia está marcada de intolerancia, y la propia religión y el modo en el que los hombres la han entendido ha sido protagonista de ello en numerosas ocasiones. Esto ha marcado y seguirá marcando la prevención que muchos buscan aplicar frente a todo lo que huele a Dios.

Manipulación

En estos días, sin ir más lejos, hombres que dicen hablar y actuar en nombre de Dios violan sistemáticamente los derechos humanos, aplican leyes profundamente injustas, piensan y excitan a las masas desde la demagogia, el integrismo y la manipulación para fines propios o, incluso, simplemente, manifiestan posturas o se posicionan ante determinados hechos de forma escandalosa y vergonzosa.

Los gobiernos, en nombre de la sociedad que representan, no pueden permitir estas formas de trasgresión de los derechos humanos, vengan de donde vengan, surjan de donde surjan. No son aceptables ni lapidaciones, ni marginaciones, ni terrorismos, ni connivencias.

No obstante, se ha emprendido el peligroso camino de la asociación directa de religión y terrorismo, de religión y fanatismo, de religión e intolerancia. Se está recorriendo la senda de meter todo en el mismo saco y, desde la trinchera del laicismo y el aconfesionalismo, acallar toda voz, todo símbolo, todo objeto o idea vinculada de cerca o de lejos con la religión.

Tras ello se esconde el desprestigiar y anular la voz de quienes, desde la creencia profunda en los derechos humanos y los principios básicos de la convivencia, son capaces de alzar la voz, mover las conciencias de mucha gente y poner en solfa decisiones de gobiernos y gobernantes.

Desde el papanatismo de un falso respeto y una supuesta protección de las sensibilidades, se busca, además, salvaguardar la cultura propia, impedir que otros nos enriquezcan con la suya, se busca cercenar símbolos para lograr una uniformidad adormecida y pasiva.

Valores legítimos

Cuando los hombres y las mujeres actúen en contra de la libertad y la justicia –sea por Dios, por Alá, por Yavé, por dinero, por sometimiento, por razones culturales o porque sencillamente les da la gana- la sociedad debe acabar con ello.

Cuando los hombres y las mujeres se cuelguen cruces, se pongan pañuelos en la cabeza o defiendan ideales y valores totalmente legítimos –sea por Dios, por Alá, por Yavé, por tradición cultural o porque sencillamente les da la gana- todo lo que sea acallar esto es una absurda represión, fruto de quienes tienen miedo a “contagiarse” de lo que legítimamente viven, sienten y creen los demás.

Se puede convivir creyendo en Dios, en Alá o en Yavé, se puede convivir con cruces en el pecho, pañuelos en la cabeza, minifaldas, pantalones vaqueros o gorras de raperos, se puede convivir en la mezcla de culturas, en el diálogo de ideas, valores y creencias, cuya riqueza y contenido son, en muchos aspectos, indispensables para la sociedad.

No al integrismo. De ningún tipo. Ni siquiera el laico.

Miguel Jiménez Rollán, *Misioneros Javerianos*, marzo 2004, n° 404.